

RESEÑAS

CASSON, LIONEL (2003) *Las bibliotecas del mundo antiguo*. Barcelona: Ediciones Bellaterra S. L., 175 pp. ISBN 84-7290-211-0.

De lectura atrapante, este libro pasa revista a la historia de la constitución, desarrollo y organización de las bibliotecas desde el Antiguo Oriente hasta, a pesar del título, bien entrado el medioevo, si bien en esta última etapa no se aplica el mismo detenimiento.

A lo largo de sus páginas se describe el surgimiento de los repositorios de Tiglatpileser y Asurbanipal en el Cercano Oriente y los de Hattusa en el mundo hitita, respecto de los cuales los testimonios sugieren una orientación selectiva de las colecciones y muestran ya entonces los peligros de las sustracciones y del maltrato del material. El autor detalla la importancia del papiro egipcio y las diversas técnicas de fabricación de libros. Se detiene en la fundación de una biblioteca de variado contenido, mérito de Grecia, así como en la divulgación de la composición y tenencia de libros, a fines del s. V a. C. Entre las bibliotecas particulares, la de Aristóteles parece haber sido la primera organizada, con un modelo que sirvió para la de Alejandría.

A la gran biblioteca de Alejandría, a su carácter general, completo y doble, a sus sucesivos directores (organizadores, catalogadores, comentadores, glosistas, gramáticos), dedica el autor una notoria porción de las páginas totales, enmendando la creencia de su destrucción en el año 48 a.C., que fue parcial como en el 270 d. C.,

hasta que los musulmanes la arrasaron en 642. No descuida Casson, sin embargo, los datos sobre Pérgamo, Antioquía, Cos, Atenas, Rodas, y el papel de los *gymnásia* en la vida de las bibliotecas.

También es detallada la presentación de este hecho cultural en Roma, donde el autor señala la existencia de bibliotecas particulares y públicas; de las veintinueve registradas con carácter público se detiene en las de Asinio Polión, Augusto, las dos de Trajano y la de Caracalla. Destaca que Roma dio a sus depósitos de libros una disposición diferente de la griega: armarios contra las paredes, con acceso directo del público lector, en lugar de pequeñas salas con libros, comunicadas con un pórtico para la lectura. El personal a cargo, los fondos incluidos, los servicios ofrecidos, son reseñados cuidadosamente antes de pasar a la enumeración y descripción de algunas de las numerosas bibliotecas del mundo romano (Pompeya, Como, Bolsena, Pérgamo, Atenas, Cartago, Timgad, Halicarnaso, Rodiápolis, Patras, Tíbur), para detenerse en la de Áquila o Celso en Éfeso, dado que ésta es la mejor conservada ediliciamente.

Un capítulo se dedica al paso del rollo al códice; de este fenómeno destaca Casson el papel del cristianismo en su propagación y la necesidad organizativa de adaptar estantes a la nueva conformación del libro.

El último apartado, "al filo de la Edad Media", señala la decadencia acarreada en Occidente por las invasiones bárbaras, frente a la perduración de las bibliotecas en Bizancio, gracias a Teodosio, Justiniano, los centros teológicos y los monasterios. Pero rescata de Occidente el repertorio con el que sin duda contaba Isidoro de Sevilla y la relevancia del monasterio de *Vivarium* para el desarrollo de los *scriptoria* y, por lo tanto, de la nueva imprenta de las bibliotecas medievales.

Creemos útil hacer algunos comentarios, referidos ya al contenido ya a la traducción. En cuanto al contenido:

- 1) En p. 52 Casson transcribe un glosario helenístico: “*Melodia* Término obsoleto para ‘tragedia’. Véanse los comentarios de Calímaco”; comenta que esta “entrada hace referencia al significado obsoleto de un término de uso corriente, y menciona la fuente de la información (nada menos que el ilustre Calímaco)”. En realidad, el glosario no hace referencia a ‘tragedia’ como la entendemos nosotros (género dramático) sino a la acepción tardía de ‘canto’, que era la que tenía en griego clásico el vocablo *melodía*. Esa acepción tardía de *tragodia*, ‘canto’ (que retoma un valor originario) es la que se impuso como sentido habitual en todo el medioevo y dura hasta el presente;
- 2) la disposición de las bibliotecas romanas es elogiada frente a la griega; sin embargo, razones de espacio (pero también de seguridad) han hecho que muchas bibliotecas actuales volvieran a la estructura griega o a algo parecido a ella: un gran salón con libros en sus paredes desperdicia mucho espacio; hoy se tiende a hacer ‘pequeñas salas’ o pasillos con estantes a ambos lados, que permiten aprovechar más el espacio de depósito, mientras que se reserva otro ámbito para la lectura, análogo al pórtico griego;
- 3) en p. 140 se dice que Constantino “funda” Constantinopla en el año 324, lo cual no es exacto: el emperador da ese nombre a una ciudad ya existente, Bizancio, la cual, al ser declarada capital del Imperio Romano dos años después (*Néa Róme*), crece rápidamente en importancia.

La presente edición española es una traducción del original inglés publicado en Yale University en 2001. La traductora mantiene formas latinas o quizás latino-inglesas de ciertos nombres (Chaereas, Caerellia) que deberían haber sido castellanizados como lo ha sido correctamente todos los demás. La frase “Código de Teodosiano” (p. 139) puede ser un *lapsus calami* por la cercanía

de “Justiniano”, y no sabemos si el uso de “ambos” referido en el contexto a tres núcleos es un error del original (p. 106).

La rápida traducción de esta obra al español es un indicio de su importancia, pues ella hace más accesible a un público amplio un estudio erudito que resulta fructífero no sólo para el estudioso de la Antigüedad desde la perspectiva histórica, filológica o literaria, sino también para el interesado en la ‘cultura’ en sentido lato, sus orígenes y desarrollo, y particularmente para los bibliotecólogos, que encuentran en este libro una nueva aportación para su especialidad, ya en cuanto ‘datos’ históricos, ya en tanto fuente de ideas para la reflexión sobre su quehacer.

PABLO A. CAVALLERO (UBA – CONICET)
pcavalle@filo.uba.ar

GALE, MONICA R. (2003) *Lucretius and the Didactic Epic*, London, Bristol Classical Press, 70 pp.

Este libro es una de las publicaciones de la colección *Classical World Series* editado por primera vez en el año 2001. La autora respeta los objetivos de la serie: brindar un acercamiento provechoso a Lucrecio y a su obra, tanto para aquellos que lo leen en su lengua original como para los que lo hacen en traducciones. En una apretada síntesis ofrece en seis capítulos un panorama general de toda la problemática del género didáctico y de la obra de Lucrecio.

Así leemos, en el capítulo primero, *The Didactic Tradition*, que los primeros poetas didácticos fueron pensadores serios cuya poesía actuaba como medio de comunicación de ideas morales y filosóficas así como de información práctica o técnica. A fines del